



Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

SEMANARIO FESTIVO

DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

TIPOS POPULARES

El vasco lechero



AÑO III
Nº 131
Agosto 30 de 1896
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	5,00
Un año	9,00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 17

Muchos patrones sirviendo,
al presupuesto ordeñando
y por todo así pasando,
fuimos subiendo, subiendo.
En la Cámara sentando,
A fin de mes recibiendo
la paga; siempre viviendo,

y á todo siempre callando;
siempre del queso comiendo,
siempre poca leche dando
vasco Borda fué bordeando,
y hoy el pobre país montando
va el negocio concluyendo.

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag—«Post núbila...», por Sinesio Delgado—«Imaginaciones», por Eduardo de Palacio—«Para Ellas. Charla ajena», por Estrella Nevares—«El espárrago expansivo», por Juan Pérez Zúñiga—Teatros—«El primer gallina», por José Zahonero—«En visperas»—«Sport», por Zapicán II—«El vino spumeggiante»—«Aviso»

GRABADOS—«Tipos populares. El vasco lechero», por Wimplaine II—«Para Ellas. Retrato de la señorita Nebels», por A. Giménez—«Cosas de os tremendos», por Wimplaine II—«La gracia ajena. Cuentos baturros», por Gascón—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



MALHUMOR EN VERSICULOS



Lo que vimos durante la temporada de Ferrari

RELÁMPAGOS DE VERANO

«¡Cosas veredes, oh Cid que faran hablar as pedras!»

—Y yo lo ví, y muchos lo vieron, que fué el palco de S. E. el Presidente de la República en San Felipe y Cibils, ocupado por la Sra. Darclée, amorosa y reciente compañera del tenor De Marchi; por el señor Ferrari, empresario teatral; y por el tenor De Marchi, amoroso compañero de la Sra. Darclée.

Aquí sí que habrá murmurado *Monsieur*: *Ce n'est pas comme en France!* Y habrá hablado como un sabio ese apreciable *Monsieur*.

Es probable que ni en Francia, con ser aquel el país de las costumbres ligeras, se hubiera atrevido Mr. Faure, con ser más Faure que nuestro Faure, á estas galanterías, siquiera por la familia, ya que no por el país que representa.

—Y todos vieron que en las carreras del 23, hubo señora portadora de apellido ilustre que fué llevada por su esposo á hacerle el *rendez-vous* á la dicha señora Darclée, amorosa y reciente compañera del tenor De Marchi, en el palco de ambos.

—Y cuantos quisieron vieron lo que nadie había visto hasta ahora á nuestras hermosas niñas, que fué... la calidá de la piel con que les cubrió Dios el busto.

—Y vimos en el vestíbulo de Solís á todo el mundo saludarse porque unos eran ó bien amigos de aprecio, ó bien compañeros de infancia, ó bien cortesos conocidos: y sin embargo andar unos entre otros solos y hoscos como lobos de distintas hordas.

Y con esto daban alta muestra de sociabilidad.

—Y yo ví una noche, la de la segunda función de Ferrari, noche ventosa y fría, á un caballero, vestido de toda etiqueta, blanca la corbata y los guantes, que con su señora, ataviada de grande *toilette*, mal encubierto

el escotado pecho por la alba salida de teatro que el viento sacudía, peinada por Mousson la castaña cabellera, marchar á pie ya por la Plaza Cagancha en dirección hacia afuera.

Y pensé que á aquel caballero no le habían quedado veinte centésimos para el tranvía.

—Y se vieron en los palcos muchas frentes nubladas bajo el esplendor del lujo, y mucha nerviosidad entre la calma de buen tono; muchas frentes nubladas de padres y maridos que pensaban mortificados por la música, en todo el reguero de cuentas impagas y tenazmente cobradas, que dejaba tras sí aquella brillante exhibición.

—Y yo no ví pero sí que la cocinera de un arrogante magnate, de nombre muy sonado, decía en una casa de vinos: «El trabajo va bueno ahora. Desde que se abonaron, solo se hace sopa par la mañana, y sopa y *pirón* por la tarde.

Post núbila...

En las profundidades del abismo se hunde el buque sorbido por las olas que á destrozarse su presa se levantan, empujan y amontonan

Pasada la tormenta, del naufragio las mansas aguas los vestigios borran y la luz centellea en las espumas que ocultan la catástrofe traidoras...

Así el dolor, las penas, las pasiones agitan, y conmueven, y destrozán, y tras fieras, terribles tempestades á las playas las víctimas arrojan

Viene después la calma del olvido que cae sobre sucesos y personas; se borran los desastres y brilla el sol en las tranquilas ondas.

SINESIO DELGADO.

IMAJINACIONES



—¿De dónde viene usted, sinvergüenza? Con estas palabras, que no son seguramente las del Angel, me recibieron en mi casa cuando regresé, después de tres días de *juerga*.

Y uno me preguntaba:

—¿Dónde ha estado usted, so tuno?

Y otro, amenazándome con un bastón de estoque, pero vestido, vamos, sin desnudarme, me gritaba:

—¡Merecías una paliza, bribón!

Yo cuasi deseaba que me la dieran para salir del paso.

No hay situación tan terrible como la de la incertidumbre.

La única que tuvo palabras cariñosas para mí fué Elisa, una niña preciosa de once años de edad, que parecía una mujercita reducida. Y también ella me hablaba «de usted», pero me sonreía.

—¡Ya vendrá usted bueno! ¿Eh? ¿qué tal? continuó el jefe de la familia, D. Gumersindo; perdido de barro y de...

Yo callaba á todo y meneaba la cola.

Así quedó todo.

Me dirigí á la cocina, y también Leoncia, amenazándome con el palo de la escoba, me decía:

—¡Ahora á mancharme la cocina. ¡Fuera, á su cama!

Leoncia era muy capaz de sacudirme de verdad, y entendiéndolo yo así, huí de aquella celtibera en estado primitivo y armada.

Sentía tanta sed, que no podía «conciliar el sueño».

Por otra parte, mis pensamientos eran para ella. Para mi rubia ó mi canela.

¡Cuánto la amaba y cuán desgraciados éramos los dos! Ella, esclava de una señora sola; yo, de una familia oficial; es decir, de la familia de D. Gumersindo, oficial cuarto en no sé cuál dependencia de Hacienda.

Para vernos era necesario que nos fuéramos del respectivo hogar.

¡Pero nos queríamos tanto! ¡Cuántos juramentos me había hecho al despedirnos, á través del bozal!

Porque ya habrán ustedes conocido que yo era perro á la sazón.

Perro feliz, comparado con otros que no estaban matriculados en el gremio, ni tenían casa ni hogar, ni respetabilidad, ni amparo, ni derechos de ciudadano.

Pero la pasión me arrastraba, y las escapatorias eran cada vez más frecuentes.

—¡Don Gumersindo no es lo que parece! me dijo un compañero de lanas; espíale y te convencerás.

—¡Doña Tomasa es una pillina! me advirtió otro amigo.

—¿Y el niño mayor? Se juega hasta los colmillos.

—¿Y la niña? A las altas horas hablando con el novio por el balcón!

¡Y, sin embargo, yo era un tunante, un perdido, un asqueroso, porque me retrasaba algunas horas ó algunos días en volver á casa!

Pues bien, me dije, ya desesperado de la injusticia social: yo veré lo que hago. Un día salí detrás de mi ama que era una jamona arrogante.

«¡Yo la ví, yo la ví!» que dijo el poeta Carulla, ó no sé cual, pero también en verso.

Mi dueña me reconoció al entrar en la casa de préstamos.

Tanto, que cuando yo mordí al infame usurero arrancándole un trozo de pernil del pantalón, ella le tranquilizó, diciendo:

—No, no muerde; es Bismarck.

—¡Señora, replicó el otro, aun cuando fuera Caprivi, muerde! ¿Qué, yo no lo he sentido? ¿no lo ve usted?

¡Buena paliza me aguarda en casa! imaginé.

Otra noche sorprendí á mi dueño, le seguí, y...

¡Que haya podido yo ser perro de este hombre! ¡Qué vergüenza!

Me presenté delante cuando llegamos á casa, como para decirle: «Lo sé todo.» ¡Tahur! ¡esposo infiel! ¡ser repugnante!... Cuando desperté, me vi hombre. Pero las sugerencias, la herencia, la lucha por la vida, el medio ambiente y demás, me niegan las condiciones de hombre.

Hace pocos días fui á hablar al Congreso... y ladré.

Y en cuanto oigo «¡pum!» ya estoy saliendo en busca de la pieza herida.

..

No he vuelto á ver al autor de este relato, pero me inspira lástima. Porque es horrible vivir un hombre en la incertidumbre de si es perro ó persona, ó vivir un perro ignorando si puede ser persona.

EDUARDO DE PALACIO.

PARA SEÑORAS



CHARLA FIENA

Cuenta la crónica que la reina Isabel de Inglaterra, la que hizo ejecutar á María Stuardo, á la edad de 68 años tenía en sus roperos, entre nuevo y viejo: 99 vestidos de corte; 102 á la francesa; 68 cortos; 100 de cola; 126 á la antigua; 146 corazas; 125 guerreras; 96 capas; 13 delantales; 85 corsés; 18 mantos; 27 abanicos y 19 pares de zapatos; eso sin contar las prendas de vestir que había regalado, desechado ó roto en sus momentos de rabieta.

..

No sabemos si este afán en conservar ropa usada era efecto de avaricia, vanidad ó cariño que tuviera á esos objetos.

Era tan caprichosa esa señora que es difícilillo averiguar qué móvil inspiraba ese acto.

..

Hay algunas señoras que sin ser reinas, pues solo gobiernan su casa, mal ó bien, conservan también con solicitud, con verdadera devoción, trajes completos ó prendas de vestir, interiores ó exteriores, que evocan en ellas tristes ó alegres recuerdos.

En todas las épocas de la vida, tanto en el hom-



Jiménez
1896

DE F. FITZ PATRICK

bre como en la mujer, sobre todo en ésta que se vincula más á los recuerdos, ya no un traje, un simple accesorio de él, una cinta, un prendedor puede recordarle grandes pesares ó grandes alegrías, y por eso estiman tanto esos objetos que para los indiferentes son estorbos amontonados por pasatiempo ó por manía.

..

En tiempo de la guerra del Paraguay hubo un incendio en Buenos Aires, si mal no recordamos. El fuego hizo inmediatamente presa de una humilde vivienda; sus moradores huyeron abandonando todo. En medio del conflicto, se hizo notable un joven que se empeñaba con riesgo de su vida, en penetrar en la pieza incendiada. Quería salvar un libro, dentro de cuyas hojas había unas flores secas

ya, que, como recuerdo, le diera su novio la vispera de partir para el Paraguay.

..

Hace algunos años nos refirió un marino este episodio:

Naufragó un buque en las costas de Maldonado. Pasajeros y tripulantes salvaron con nada más que lo puesto, en los botes del buque, que fué destrozado por las olas. Un pasajero francés no participaba de la alegría de los otros al verse en salvo. Creyéndose que fuera por la pérdida de los pocos bienes que tenía, se le consolaba, diciéndole que con el trabajo pronto los recuperaría.

—Nada de eso me importa—contestaba el naufrago, llorando—lo que siento, lo que no recuperaré nunca, son cinco francos que me dió mi madre, que

COSAS DE "LOS TREMENDOS"

Caras y Caretas



Pues que no ocurre nada
bueno, ni malo, ni peor,
va hoy la vida dedicada
á cosas de anterior.

Nao son mais... Echan fumo é teim
fogo... ¡Tremendo mundo e suos satélites!
¡O pueblo heróico e terrível va a fazer
justicia con os viles italianos! Nao se diga que
metenos medo de mayor número! ¡Adiante,
valentes!

ya no existe, para que me sirvieran de talismán si algún día emigraba de mi país.

Y así cada cual tiene apego á ciertos objetos, triviales, sin valor alguno para los demás; pero que valen un tesoro para los que tienen encadenado á ellos su corazón por algún sentimiento grato ó ingrato.

¡Cuántas madres guardan con cariño el primer zapatico que le pusieron á su primogénito; la corbata ó los guantes que traía el que fué después su esposo cuando la pidió; el velo nupcial ó los azahares de los desposorios!

A este respecto las solteras—y no se ofenda el gremio que no hallaron marido, por coquetear con todos los aspirantes á su mano, suelen formar museos de objetos pertenecientes á sus víctimas, y en esos objetos descargan su mal humor, cuando llega á ellas la noticia ó el simple rumor de que el calabaceado de antaño, ogaño llegó á marido y muchas veces de alguna de las amigas que la acompañaron á sacrificarle!

Las que no tienen esta suerte son implacables con las reliquias de sus ex-adoradores.

Esto no quiere decir que no haya solteras cuya amabilidad y amatividad si se quiere, aumenta con los años, de genio de terciopelo y cuya lengua corta y suave, sola prodiga alabanzas á los idos y á los presentes.

Y vean ustedes, hasta dónde llegó esta charla á propósito ó á despropósito del afán ropavejero de Isabel de Inglaterra!

Por la copia,
ESTRELLA NEVARES.

La gracia ajena

CUENTOS BATURROS POR GASCÓN



—¡Toñico! Mía qué libre...
—Anda, tonto, pus tirale.
—¡Ay qué ridios! ¡Pus no hemos venio á cazar codornices?



—¡Otra qué... ¡Vaya una gracia! Yo traje más, y no me queda un rial.

DE PÉREZ ZÚNIGA

El espárrago expansivo

AUTOBIOGRAFÍA

«Yo he nacido alguna vez. El cómo no me lo explico. ¿Cuál fué mi nombre? Perico. ¿Cuál fué mi pueblo? Aranjuez.

Si tuve padres ó no, Dios lo sabe nada más. Crecí, crecí por demás; al menos todo el que vió mis hermosas proporciones decía: «¡Vaya una pieza!» ¡Dos cuartas y la cabeza libre de cavilaciones!

Yo me crié sin mantillas, sólo con agua del Tajo, y no costó gran trabajo sacarme de mis casillas.

Cuando hecho un mozo me vi, condenado me encontré al destierro, aunque no sé qué delito cometí.

Y como aquí nadie auxilia al de humilde condición, me cortaron en unión de veinte de mi familia, sujetándome jay de mí! con ellos de un modo tal, que me duró la señal todo el tiempo que viví.

Llegué á Madrid con calor.

Fui conducido al mercado y desde allí trasladado al puesto de un vendedor, donde al punto me echó el ojo una cocinera impia que copó mi compañía, mejor dicho, mi manajo.

Inés Franco, á quien envidio por su gracia seductora, fué la verdadera autora del cruel esparraguicidio.

Ella me mandó cocer en uno de los peroles de la casa. ¡Caracoles con el baño de placer!

Quedé más blando que un higo ¡y gruñí más entre dientes... que lo digan mis parientes, ¡los que cocían conmigo!

En fin, tras el baño aquel me colocó una real moza en una fue- te de loza que puso sobre el mantel.

Estuvo un rato Inés Franco si me muerde ó no me muerde. ¡Y al fin me mordió lo verde! ¡Y al fin me chupó lo blanco!

No hacía lo que Canuto, su esposo, que se zampaba lo blanco y después tiraba lo verde el cacho de bruto.

Con verdadero deleite Inés hizo mi supción, tras de darme un remojón en vinagre, sal y aceite.

Tales meneos llevé sobre el plato, que hube ya de decir: «¡Que se me va la cabeza!» ¡Y se me fué!

Inés dijo con firmeza que la volvíamos loca, y cuando llegué á su boca llegué sin pies ni cabeza.

Las muelas de Inés después hicieron en mí un desmoche; caí en un saco de noche que lleva por dentro Inés,

y allí me encontré reunidos muchos manjares variados, que por lo desmejorados estaban desconocidos.

Seis horas más tarde Inés, junto al tálamo nupcial, maldecía el corporal sentido número tres,

esclamando:—Es evidente que á veces son muy felices los que tienen las narices como adorno solamente.

Me tiene oculto mi dueña. Ya veis, aunque no estoy mal, que mi situación actual nada tiene de halagüeña.

¿Y puedo yo predecir mi porvenir? ¡No, señor! ¡Pensarlo me causa horror! ¡Qué oscuro es mi porvenir!»

Por no saber firmar,

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

TEATROS



Se acabó.

No nos quedan más que ecos y recuerdos de Tamagno, la Darclée, Cámara, Ercolani y Mascheroni.

Hasta otra; que de las últimas funciones nada tenemos que decir, pues se repitieron en ellas *Giocanda*, *Manon* y *Aida*.

La temporada ha sido brillante y la recordaremos con placer; los críticos han derrochado *forturas* de erudición barata, y la gente ha derrochado dinero. En cuanto al Gobierno se dedicará á esperar otra ocasión de derrochar otros 30.000 pesos, como los que á Ferrari dió.

Bon viaggio.

Esto lo decimos á los artistas, no á los 30.000 pesos; que de ellos, mejor es no acordarse.

♦♦♦

Y á rey muerto rey puesto.

La Vitaliani y De Sanctis se preparan á recojer el cetro del arte abandonado por Tamagno y compañeros.

Me figuro que vamos á estrañar el acompañamiento, en el drama, y lo vamos á pedir aunque sea de guitarra.

Porque despues de la temporada que hemos tenido, nadie va á querer convencerse de que se pueda decir: *t'amo!* sin tres ó cuatro gorgoritos acompañado de estallido de canto en la octava aguda de los violines, ni *mai più*, sin seguidilla de óboe.

El repertorio asegrna que veremos dramas de Ibsen.

Todo estará en que no nos resulten de *Ibsen*... á dormir, como dijo Royo Villanova, forzando un poco el vocablo, y más que un poco.

♦♦♦

En Cibils Orejón sigue empeñado, con buen éxito y loable actividad, en resucitar el hermoso repertorio antiguo.

Se han dado, además de *La Dolores* (¡naturalmente!) *La Bruja*, *El Milagro de la Virgen* y *La Guerra Santa*, todas tres con acierto. Es verdad que Galvan se propasa un poquillo en los recursos cómicos; pero se enmendará, se enmendará.

El Milagro de la Virgen me pareció muy bonito, y siento no haber visto *Mujer y reina*, estreno de la semana, porque tengo de la obra buenas noticias.

Otra vez será. Dios mediante.

El primer "gallina"

—Pues señor, dígame lo que se quiera—pensaba Cresta Picuda muy satisfecho,—soy verdaderamente un gallo afortunado. ¡Oh dulce desvario del amor!

Comencé por tener á mi disposición cuatro gallinas parduscas, vulgares, cloqueadoras, buenas para un gallo de aldea, impropias para un gallo de buen porte, triunfador y cortésano... Luego vino la Pizarrosa, y aquella pollita de color de perla que me trastornó el sentido, y á la cual olvidé... por la moñuda; ¡oh, qué linda gallinita! Después vino la blanca, luego la dorada, como hija de un noble faisán; tras de ésta la negra... buena madre, que me ha llenado de centenares de hijos... ¡Oh, esta es la vida: amar y olvidar!—y el gallo hizo el intento de cantar *la dona é movile*, en que se habla de plumas. Pero le salió un cacareo desentonado, y no prosiguió por no hacer gallos, porque para gallo bastaba él. Tuvo seguidamente su momento de deleitoso recuerdo, haciendo memoria de sus triunfos en la pelea cuando rió con Espolones y con mister Quiquiray, gallo inglés, y con un notable gallo hamburgués de *calzón de terciopelo*. Y así, en estos pensamientos de amor y de gloria, dispuesto á reñir con los rivales y á enamorar á las damas, se pasa gratamente el tiempo. En esto oyó píos afanosos de pollitos mimados y cloqueos de llueca...

—¡Esto es interesante!—se dijo; hacía pocos días había muerto una llueca, dejando treinta hijitos en la orfandad; sin duda una nueva gallina los había adoptado; la recién llegada se recomendaba, desde luego, por sus buenos sentimientos... El gallo se lanzó fuera del gallinero, á explorar el corral... En efecto, allí había una gallina, joven al parecer y no fea, que dirigía á la pollada y la quería amparar bajo sus inocentes y virginales alas.

—¡Oh, joven institutriz! ¡Cuán amable aparece á mis ojos ejerciendo esa tierna misión!—pensaba el gallo... y se iba acercando á la forastera, con el corazón palpitante de apasionados deseos...

Pero la joven, amedrentada y ruborosa, huía... meneando su colita... en señal de rubor...

El gallo zarandeaba majestuosamente su cresta, y movía con acompasado andar sus zapatillas calzadas de espuelas.

—¡Vaya! Cuatro caracoles bien pronunciados, un quiquiriquí á toda voz... y esa joven madre... (el gallo cometía *galicismos*) y mi triunfo es cierto.

Pero la joven huía con ese paso incierto, menudito, femenino, de escape y no quiero, propio de las pollitas plumas é implumes...

Ya había aparecido el sol... las gallinas, resignadas á su condición de esclavas, picoteaban por el suelo del corral ocultando sus celos al ver al galán perseguir á una gallina forastera, deseando todas alguna venganza, y alguna atreviéndose á soñar en peligrosas infidelidades; soñando, tal vez, con el gallo del corral vecino.

La forastera, cansada de huir con sus hijos adoptivos, se vió á merced del temible galán; éste, enamorado se aproxima á la gallinita, cuando ésta, con voz meliflua, dice:

—Imposible, señor, yo no peleo...
—¿Quién te manda pelear, amor mío?—replica Cresta picada.

—Carezco de elementos...—contestó prolongando las eses.

—¿Qué quieres decir?—exclamó un poco amostazado el gallo y como recelando que pudiera ocurrir algo muy extraño; mas al fin lo comprendió, y, entendiendo que había sido objeto de una sangrienta burla, se lanzó á picotear á la supuesta gallina, que no hizo la menor resistencia...

Era un gallina... un capón amaestrado de llueca. Desde entonces corrió la frase de llamar «un gallina» á los cobardes, y era porque hubo de usarla frecuentemente el airoso y soberbio Cresta Picada amostazado por el chasco.

José ZAHONERO.

En vísperas

GARÚA DE FIN DE NOVIAZGO

PARA LOS SOLTEROS INOCENTES

No hay como decidirse á matrimoniar para que todo el mundo se interese de un modo feroz en la cosa.

Parece que debiera ser al revés: que todos debían decir como oración final:

—Ahí va un hombre al agua.

Y no ocuparse más de él.

Pero no; por lo pronto, no hay quien no demuestre un interés ardiente por saber la fecha de la ceremonia, como si le fuera ó le viniera algo en ello; y se encuentra el proyecto de marido con quien le pregunta cuatro veces al día, cada vez que se topa con él:

—¿Y? ¿Cuándo es el casamiento?

—Hombre... cualquier día.
—¿Se casa usted de día?
—Digo: cualquier noche.
—¿Cualquiera? No se case usted en Martes!
—¿Por qué?
—Ya sabe aquello: «Ni te cases ni te embarques»...

—Bien; ¿cuándo quiere usted que me case?
—¡Hombre! ¿Qué gracioso! Como si yo tuviera algo que ver...

—Eso es lo que digo yo.
—¡Eh; pero avíseme cuándo va á pasar usted el trance amargo.

—Ya estoy pasando trances amargos.
Pero esto no se podrá evitar mientras no se halle el medio de poner en escabeche á los novios en tanto no les hace la cruz el cura.

Porque apenas liberado de unos, le cojen otros, los amigos efusivos:

—¡Adios!... ¿Cuándo es la cosa?
—¿Qué cosa?

—El casorio. Estamos muy interesados en saber, porque (va en secreto ¿eh?) nos hemos cotizado treinta y dos amigos á dos reales cada uno para hacerte un regalo.

—¿Qué! ¡No se molesten ustedes.

—No, si no es molestia; es gasto. Pero entre muchos...

—Claro; lo mejor sería fundar una asociación de regalos mútuos.

—¿Eh, jé, está bueno... Oye: ¿y piensas tener mucha cría?

—Eh!... Todavía no me he puesto de padrillo, pero...

—La primera será mujercita...

—Hombre... aún no me lo han comunicado.

—¿Por qué será que siempre el primer retoño es mujer?

—Ps... Sin duda porque como son tan curiosas se adelantan á los chicos, para ver el mundo primero.

Tras estos, si no cae uno enfermo, caen los enemigos del matrimonio.

—¿Con que se casa usted?
—Así es.

—¿Pero hombre! ¿Va usted á hacer esa barbaridad? ¿Y para qué se casa usted?

—Pues... para tener mujer y anexos. Como soy hombre...

—Parece mentir!

—¿Que yo sea hombre? Pues yo siempre he creído...

—No; parece mentira que haya aún quien se case.

—Pero considere usted que si no se casara la gente, no sabrían qué hacer los Jueces de Paz.

—Pero si los Jueces de Paz es tradicional que no saben hacer más que barbaridades!

—Pues por eso; si no casaran, no sabrían qué barbaridad mayor hacer.

Escusado es decir que los amigos solterones le auguran á uno el fastidio á los dos meses, las palizas conyugales á los seis, y el suegricidio al año.

Pero para variar, tras éstos suelen venir los amigos cavilosos, generalmente venidos á este estado á causa de enfermedades que les obligan á llevar siempre remedios portátiles, que los ponen hediondos á tal punto que cualquiera les toma por una farmacia con pecas.

—¿Conque se casa usted?
—No, me casará probablemente el Padre De León, que ya está acostumbrado.

—Vamos; déjese de bromas: ¿y con qué se casa usted?

—Con una novia que tengo reservada al efecto.

—No, hombre; me refiero á los medios de subsistencia.

—¡Ah!

—¿Cómo piensa usted vivir, tan joven y casado?

—¿Yo? En paz y gracia de Dios. Creo que es el mejor método de vida.

—Pues eso de casarse, aunque Vd. se ría, es asunto que merece meditarse mucho. ¿No sabe usted que «el casado casa quiere»?

—¿Qué, hombre! En cuanto á eso, si se trata de casas ó propiedades por el estilo, las quieren tanto los solteros como los casados. Es afición universal.

En tanto, mientras uno se libra de los amigos que se interesan por su porvenir, los comerciantes familiares le acechan pensando en Vidiella.

Entra la víctima casadera en su morada y solicitan un momento de atención.

—Ahí está el señor Soler, dice la sirvienta.

—¿Eh? Se interesará también el digno obispo por mi enlace? Voy allá; que pase á la sala dice uno.

Y corre á ella y se encuentra con un caballero por lo general mal de ropa.

—¿El señor Fulano de Tal?

—Servidor de usted.

—Pues yo venía á verlo porque he sabido que se va usted á casar. Ahora bien, nosotros trabajamos sin patente, por ahora ¿sabe usted?

—No, no sabía.
—Pues sí; nos dedicamos á esto de los cigarros, y como va usted á casarse, le hice hacer veinte cajetillas...

—Pero es que mi futura no fuma.

—Es claro! pero para obsequiar á los amigos...

—Yo por ahora espero que los amigos me obsequien á mi. Dicen que así se acostumbra.

—Pero un hombre que se va á casar!

—Justamente. Debe ahorrar cuanto pueda.

—Vamos, déjese de cosas. ¿Le dejo los cigarrillos?

—Yo preferiría que me dejase usted á mí.

—Pero señor, parece mentira.

—Pues yo le juro que es verdad.

A veces lo creen, y termina la escena, si es dócil el hombre.

Todo esto va dicho para los que digan que la cosa no tiene bemoles.

Sin contar con que á la noche dice la novia.

—No te pienses que vas á casarte conmigo con ese frac que usas.

—Pero, ¿por qué?

—Porque con él parecen un tallarín vestido de etiqueta. Se reirán todos de tí.

—Tanto mejor: así será una boda muy alegre.

—¿Que no!

Claro es que uno defiende la indumentaria que le acompaña desde su primera juventud, y concluye por jurar que no se casará dos veces.
Pero lo peor es que penetra la duda, ¡torcedor horrible! en el alma *innamorata*, y sale uno pensando:

¿Si estará mi novia en combinación con algún sastrero ruinoso?...



Animadísimas resultaron las carreras efectuadas el pasado domingo.

Una agradable coincidencia hubo en Maroñas pues mientras en nuestro hipódromo se vencía á Coquimbo, que como se sabe, es producto argentino, en el de Buenos Aires vencía también Imperio y ocupaba el segundo puesto Cartouche.

Nuestros pronósticos no anduvieron del todo mal pues ocuparon la siguiente colocación:

- 1.ª carrera 1.º con Milan.
- 2.ª idem 1.º con Lautaro.
- 3.ª idem no placé.
- 4.ª idem 1.º con Saturno.
- 5.ª idem no placé.

ZAPICAN II.

Il vino spumeggiante

(SUELTO QUE DEBÍA SER UN BRINDIS)

Me encontré con Fidel Cavaliere, ¿saben ustedes? el más *cavaliere* de todos los Fideles.

Fidel se ha metido á comerciante en vinos!

Lo que estener en el poder á Vidiella; no hay como el ejemplo!

—¿Quiere visitar el depósito?—me dijo Fidel.—Aquí cerca, Queguay esquina San José. La *Granja Berardi*.

—Ganará usted un dineral.

—¿Por qué?

—Porque usted en una granja no va á dejar simpatías sin granjearse.

—Pruebe usted.

Esquitosos vinos: un italiano de Ortona, delicioso, á 20 centésimos litro; un moscato á 50 digno de Alejandro Dumas; conservas que saborearía Luis XIV.

Con todo esto y con un socio que se apellida Napoleón, tienen Cavaliere y la *Granja Berardi* que conquistarse el mundo del paladar en quince días.

Un hombre que lleva nada menos que el nombre del primer conquistador del siglo!...

Y una casa que lleva barato...

¡Ah! Y que lleva á domicilio...

Cualquier día lo vemos á Fidel de Ministro de Hacienda.



YA APARECIÓ EL TOMO II DE

LA TRAMITACIÓN DE JUICIOS

MANUAL DE ABOGACÍA PRÁCTICA

POR

JOSÉ A. GIMÉNEZ

DE INDISCUTIBLE UTILIDAD PARA TODA CLASE DE LITIGANTES

Jueces de Paz—Procuradores
Tenientes-alcaldes

Actuarios—Escribanos—Comerciantes—Propietarios
Alguaciles—Depositarios

Peritos—Rematadores—Contadores—Síndicos—Tutores
Jueces-arbitros, etc.

CONTIENE

Un tratado espreso del Procedimiento ante los Jueces de Paz y Tenientes-alcaldes.

Con Formularios

para toda clase de documentos, recibos, escritos, actas, providencias, demandas, contestaciones; etc.; etc.

Un Tratado práctico y comentado del procedimiento civil y comercial, con formularios de procesos sobre toda clase de juicios escritos de esta naturaleza, y con una sección especial sobre el juicio ejecutivo.

Un Tratado del juicio criminal comentado, con formularios demostrativos de sus actuaciones y detenidas instrucciones para los jurados.

Un Tratado espreso del procedimiento penal en los juicios militares con formularios de procesos.

Una sección especial sobre juicios de imprenta.

La obra consta de 2 tomos de más de 600 páginas cada uno.

Precio de cada tomo:

\$ 3.00

En venta en todas las librerías y en la Administración, calle Uruguay, 301.

